

DAVID HUERTA

---



*Antes de decir cualquiera  
de las grandes palabras*

DAVID HUERTA

---



*Antes de decir cualquiera  
de las grandes palabras*

ANTOLOGÍA / 1972-2022

Selección y prólogo  
de Hernán Bravo Varela



Ediciones Era



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

## Antes de leer cualquiera de las siguientes páginas

Ésta no es una antología, sino una novela cuyos capítulos narran en verso, versículo y prosa los hechos y trabajos de David Huerta (1949-2022), autor protagónico del castellano, muerto en su enésima juventud creativa. Abarca medio siglo de escritura: de *El jardín de la luz* (1972) a *El viento en el andén* (2022). Libro a libro, se reconoce aquello que el poeta adjudicaba a las agendas donde planificamos nuestro día a día: su condición de autobiografías parcialmente involuntarias.

La poesía suele exhibir las diferencias entre lo autobiográfico y lo anecdótico mucho antes que la narrativa, y David las conocía en detalle. Sus anécdotas se pulverizan hasta constituir los inesperados adjetivos con que califica (y descalifica) el mundo. Cuanto vivimos, pensamos, fabulamos e incluso desconocemos se convierte en peripecia, la cual definió Huerta con una legión de sustantivos: visitación, conseja, sátira, profecía, bolero, melodrama, divisa, lección, pliego, conjuro, monólogo, oda, apunte, inciso, testamento.

Todoterreno y metafísico; del hallazgo al acontecimiento pero siempre en ruta hacia su voz, Huerta modeló una sola máscara con la persona que escribía poemas y con el personaje que se reflejaba (que se reflexionaba e imprimía) en ellos. “El hombre es menos él mismo cuando habla de sí. Denle una máscara y les dirá la verdad”, sentenció Oscar Wilde. Y no se equivocaba. Pero la máscara de un escritor es su estilo y el estilo, en un poeta, es su autobiografía voluntaria.

Como su admirado Wallace Stevens, Huerta juzgó las aventuras de la imaginación poética igual de fascinantes que una confesión o igual de urgentes que un chisme. Su participación en el movimiento estudiantil de 1968 —y su presencia en la Matanza

del 2 de octubre, a la que dedica los poemas “Testimonio” y “Nueve años después”–, su alcoholismo –disecionado en *Incurable* y revisitado en “El fumador”– o su historia amorosa al lado de Verónica Murguía no serían, entonces, asuntos mayores que un sueño, una dolencia, una visita arqueológica, una fiebre o una danza; ni que la audición de Bach y Stockhausen, las visiones de Miguel Castro Leñero, Gunther Gerzso y Francisco Toledo ni que ciertas minucias de Garcilaso, Gorostiza y Rulfo. Así, una locuacidad milimétrica puede hacer que las experiencias “impersonales” –sean imágenes o sonidos, temas o conceptos– nos conmuevan o fascinen tanto como un episodio de la vida social. Si sólo consiguen estremecernos las experiencias de primera mano y “cualquiera de las grandes palabras” con que se enuncian, cuanto nos mueve es entonces una generalidad, una abstracción. A ello tal vez se refería David Huerta al acuñar, en un ensayo, el término “las intimidades colectivas”: a una sensibilidad común pero sin individuos.

El individuo, aquí, ejerció con intensa madurez un oficio que no distingue entre las cuitas de la vida y las citas del arte, entre las grandes palabras de los especialistas y las pequeñas de nuestra especie, y cuyas décadas pasan con la velocidad de un corte de verso o un salto de página. Un poeta que decidió acercarse “a ver el corazón de estas materias” sin perder jamás su “sonrisa de animal joven”; sin temor a que ese acercamiento, filmado con luz estroboscópica, le costara un millar de tomas. Un concertista que, ensayando las partituras de sus antecesores, se topó con “la música de lo que pasa” en la cual, según Seamus Heaney, habita un ave cuyo canto es su propio relato e instrumento: el aquí y ahora.

Las siguientes conforman cincuenta narraciones extraordinarias sobre un poeta y su lenguaje; uno es la sombra escrita del otro. Las palabras que cruzan son el mundo –múltiple y singular, astronómico y diminuto como “una mancha en el espejo”– de David Huerta, su expedicionario.

De  
*El jardín de la luz*  
1972

---





## Testimonio

No hubo piedad para la luz.  
En lo más hondo de la desesperanza  
dolía esa tarde el miedo.

El abismo del aire  
fue un tatuaje de llamas,  
un brusco vértigo de ráfaga.

Sobre los labios de ceniza  
brilló como un cristal  
una limpia blasfemia  
y en la garganta atroz  
florecieron las súplicas.  
De súbito,  
el ciego arrasamiento  
giró sobre sí mismo;  
la tarde se detuvo.

En la yerba ruinosa  
creció la inolvidable  
cicatriz: guirnalda  
de silencio que arde  
inscrita en la memoria  
de aquella rota claridad.

## **El rencoroso**

El rencoroso mira, tuertamente, la noche.  
¡Qué días del pasado en que así prodigaba  
la estupidez todo el amor del mundo!  
“Hay que saber administrarse”, repite el rencoroso.  
Administrar los buenos días, la ternura,  
el pase usted, la sífilis, las excepciones  
tanto en el orden fisiológico, como en el orden  
moral-sentimental. El rencoroso  
es ya un hombre íntegro: tiene energías  
para otorgar y recibir. Alguna vez,  
durante aquella triste época en la que compartió  
su vida, conoció la premura; también  
la dura suerte de los desengañados.  
Hoy, satisfecho, se repite:  
“Solamente hay que saber administrarse”.



De  
*Cuaderno de noviembre*  
1976

---





Hay una menuda profecía en la pared más pobre del aire,  
los muchachos despiertan en otro sueño, deslizan sus manos  
irreales bajo los utensilios de la costumbre,  
dicen palabras enormes y amarillas, muerden los alimentos  
que surgen del instante  
más nutritivo y terso del otoño, en la luz “de la época”.  
Cosas breves y espléndidas, frases que se alargan secretamente  
en medio de fiestas cocinadas en la penumbra de no moverse,  
recipientes que el sigilo selló,  
ínfimos brotes, apariciones en una superficie desconcertante:  
estas “nobles realidades” conmueven al caballero esparcido  
en el muelle de no moverse, en los licores de lo fijo,  
fascinantes vuelos, inmóviles ruinas, momentos que bastan  
como piedras para cimentar las vacaciones terribles  
de un fantasma que toma el sol en nuestra boca, azaroso.

El día civil está aquí retorcido, es una cosa deliciosa de ver,  
un apacible monstruo, un cartapacio lánguido.  
Es oíble el pasaje de allá a ahora, incrustaciones de espejo  
lo devuelven  
a su túnica hueca, sus heridos aceites. Pero el día sabe más que  
nosotros, es un follaje distinto,  
tiene jardines nobles, primaveras escondidas en sus brazos  
de fieltro;  
instrumentos, pastillas para la cirugía de lo que no se nombra,  
escaparates de exaltación para el pecho sutil de los inquietos,  
rincones de áridos cuerpos, colecciones de cabelleras  
evidentemente atroces,  
objetos tristes que nos derrumbarían.

El día atisba el pasaje, el ciudadano se disuelve en el traje de su  
humo meditativo,  
y la artesanía poca de no moverse rodea todas nuestras  
preguntas.

¿Qué debería suceder en la cascada de reposo? Miraremos  
el encerrado círculo, la figura ceñida: no es suficiente,  
es necesario que subsista la astilla, si no la casa entraría  
en la cerámica de no moverse,  
en sus tinturas turbias, en su verano sordo.

¿Cómo es el nictálope, cómo? Tiene cubos, aristas, cabello,  
sangre de ojos en los ojos, y en el mirar  
que atraviesa la selva de moverse como una avispa perforaría  
las baldosas de la nariz moral.

El nictálope sabe, sufre o gime, siempre igual, en su techo  
de lumbre, en su sello de tibia guitarra,  
con los brazos abiertos a su sangre de espuma, con los ojos  
fundidos en aquello que ve, y mientras ve tartamudea.  
(Pero hay cosas que interesan a las señoras de espaldas  
oceanicas y de eso se habla sólo reticularmente;  
de eso se habla sólo en la espesa colisión de la madrugada  
y en las congregaciones de la voz baja;  
porque ahora no es la blanca sombra de lo mullido-claro  
lo que nos interesa, sino el juguete de la perduración,  
la risa de una piedra, las inclemencias y los destellos negros de  
la palabra *no*.)

Esto es lo severo, el apretado anillo: el rigor de asfixia y  
quemadura que arrastra lo perfecto,  
los transcurros armónicos y el tintineo borroso del arpegio:  
pero estos asuntos tienen jardín aparte, pacen vidrios  
quemados,  
ingieren sus imágenes repletas con bonhomía y “respetuosa

distancia”,  
devuelven sus transformadas y fecundas imágenes con gesto y  
aplomo peligroso  
de tiranosaurio discursivo: Esto no, estas imágenes  
tienen su propia provisión, su boca celestial,  
su estómago civil; estas imágenes  
cultivan sus pastos perfectísimos en declives de luz invicta  
y *cegador*.

Magra película de no moverse, apenas en el sueño  
de una palabra que posee puerta de diccionario, y es  
la palabra *mismo*.

Pero hay algo en otra voz, una palabra enemiga de esa que no  
repetiremos y que está ahí colmada  
en su festejo de mercurio; contra esa palabra de léxico infinito  
y lumbre de espejos ensartados,  
escribiremos hoy esa otra palabra, la que se oye, y provoca  
la preocupación y la angustia enfermiza que todos conocemos  
en el reino extendido de no moverse;  
ésta es la palabra equívoca y unánime: la partícula *se*.  
Hemos tocado la arcilla de esta palabra tantas veces; nadie  
diga que no, porque no resonara fielmente esa palabra.

Alguien despierta de su sueño, se acerca a los pedazos  
de su sueño,  
pero encuentra intacta y desmedida esa palabra: se despierta,  
despiértase.

Después, alguien siente que a la vuelta de la esquina está la  
fiera de no moverse.

Pero esta historia es difícil de contar y pronunciar como ciertas  
palabras,

resonantes, llamativas, tremebundas e ilustres palabras: óbice,  
iridizado, metalurgia.

Esta historia, no obstante, se esconde en una fibra de la

menuda profecía  
que está ahora, sin que nadie la note, sin que ni el vaso ni la  
sandalía de percibir la rocen,  
sobre una pared, que es la pared más pobre del aire: ahí  
quedó.

En la ciudad de nuestras manos una persona se ahoga,  
manotea, levanta polvo, se encrespa y llora. ¿Quién es?  
En los vocabularios de la letra se esconde, huye y se enferma,  
convalece sin término, pero sigue huyendo,  
otra persona; y las máscaras verdecen. Algo se nos oculta.  
¿Pero qué es? En los renglones de una lámpara, en la corteza  
de una chispa,  
en las minas de oro de una micra, una persona descubre toda  
su sangre fuera, toda su página de nervios  
fuera, allá: en la sequía de no moverse.  
¿Cómo ha ocurrido? Tantas preguntas y cómo salir de ellas, de  
estas calles también,  
de la nimia y sorda, inacabable ciudad Misma;  
de las olvidadas disminuciones que rige la penumbra, cada  
rincón de nosotros puesto en el fuego  
de la apuesta, en la risa o “en la desolación”;  
o quizá preguntárselo al nictálope, que se encierra ahora  
en una derramada, lluviosa cabina de teléfono, hablando a  
quién, diciéndoselo todo.

Hay algo como una lámina extraña en mi boca, un sabor  
de recuerdo cuando te escucho lentamente,  
y el silencio nocturno reposa en mi pecho de un modo que me

hace retroceder;  
entonces rechazo la pasta azul y desconcertante de tus palabras  
que se han extendido en una línea parecida al color blanco  
por el campo de mis oídos, dentro de mí verticalmente,  
y pienso que tu voz no me pertenece y solamente es un sonido  
quebrado, irremediable, distante.  
(Hay un designio de luz en el hecho de que tu voz no me  
pertenezca.)

De nada me serviría explorar un solo apacible milímetro de la  
noche para “tranquilizarme”  
o buscar un antifaz de consuelo en los escombros que conozco,  
porque la ciudad que en ti he buscado es un espejo sin relación  
con los “refugios sentimentales”.

Lápices repentinos, tintas que se deshojan, páginas que surgían  
y cuadernos que desaparecieron:  
esto he sabido; pero nada semejante a tus frutos de corazones  
longilíneos;  
tus palabras que pasan por la superficie de mi vida y crean un  
espacio donde las oigo indefinidamente,  
con una costumbre de mundo, en medio de tantas materias de  
olvido, y alguna vez atemorizado  
por la sustancia voraz de la memoria. Tu uso tenaz de la vida a  
mi lado, esperando y construyendo  
la confianza que deberemos merecer como una respiración.

## Índice

Antes de leer cualquiera de las siguientes páginas,  
por Hernán Bravo Varela, 7

De *El jardín de la luz* [1972], 11

Testimonio, 13

El rencoroso, 14

De *Cuaderno de noviembre* [1976], 15

*Hay una menuda profecía...*, 17

*Hay algo como una lámina extraña...*, 21

*Hay un cuerpo desnudo...*, 23

*Extraño la minuciosa plenitud...*, 25

De *Huellas del civilizado* [1977], 29

Detalles, 31

El joven deja de serlo, 36

Ana y el mar, 38

Celda, 42

De *Versión* [1978], 47

Nueve años después, 49

De *El espejo del cuerpo* [1980], 53

*El espejo del cuerpo...*, 55

Fragmentos de *Incurable* [1987], 57

De *Historia* [1990], 71

Noviazgo, 73

El desayuno y la cena, 76

Historia, 78

1. *Collarbone Blues*, 78



2. *Travelogue*, 79
3. La guerra fría, 80
4. Espada, 82
5. Intolerancia, 83
6. Regiones, 84
7. Ítaca, 86
8. Pureza, 87
9. Despertar, 88
10. Olvido, 89

De *Los objetos están más cerca de lo que aparentan* [1990], 91

Presencias, 93

Dolor, 94

De *Lápices de antes* [1994], 95

Antes de escribir un texto confesional, 97

Antes de decir cualquiera de las grandes palabras, 98

Antes de tirar la basura, 100

De *La sombra de los perros* [1996], 101

Niños, 103

Melodrama, 104

De *La música de lo que pasa* [1997], 105

Plegaria, 107

Cocina del Paraíso, 108

Tres aproximaciones, 109

De *Los cuadernos de la mierda* [2001], 111

Dioses salvajes, 113

De *El azul en la flama* [2002], 115

Cosas en la muerte, 117

Discursos, 118

De *Hacia la superficie* [2002], 121

El silencio, 123

El fumador, 125

De *La olla* [2003], 139

*Godtalk*, 141

De *La calle blanca* [2006], 143

Descender, 145

En donde estés, 146

Declaración de antipoesía, 147

De *Canciones de la vida común* [2008], 149

Una sombra, 151

Hablo, 153

Jaime Reyes, 156

De *Filo de sombra* [2011], 159

La mano de mi madre, 161

De *Tres poemas* [2016], 163

Belleza, 165

De *After Auden* [2018], 171

Objetos que me gustaría ver en las vitrinas de un museo, 173

De *El ovillo y la brisa* [2018], 175

Pre cristianismo de la joven poesía, 177

Personajes para tragedias modernas, 178

De *Los instrumentos de la pasión* [2019], 179

Perro de Goya, 181

*The Child is Father of the Man*, 184

La grieta en el muro, 187

De *El cristal en la playa* [2019], 189  
Como sí, 191

De *El desprendimiento* [2021], 193  
Mis casas, 195

Fragmentos de *El viento en el andén* [2022], 197  
*Dijo la primera voz...*, 199  
*Volvieron las voces...*, 205

Bibliografía de la obra poética de David Huerta, 211

\* Todos estos libros se publicaron en la Ciudad de México, salvo las excepciones señaladas.